

JOSÉ BONAPARTE EN MÁLAGA. ETAPA DE UN VIAJE REGIO POR ANDALUCÍA

Francisco Luis Díaz Torrejón



QUIERO comenzar agradeciendo a la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo en la figura de su presidente, Excelentísimo Sr. D. Manuel del Campo, la invitación que en su día se me hizo y que justifica mi presencia aquí esta noche; asimismo agradezco a la entidad Cajamar en la persona de su copresidente, Excelentísimo Sr. D. Luis de la Maza, la acogida brindada al permitir que este acto se celebre en sus dependencias. Muchas gracias.

Es la segunda vez que me dirijo a esta Real Academia y si la primera tuvo personalmente una especial significación por tratarse de mi discurso de ingreso, hoy no la tiene menos por caberme el honor –el grandísimo honor– de cerrar las actividades que han venido desarrollándose durante el presente curso académico.

Dije entonces –parafraseando a Cervantes– que ofrecía a esta Real Academia lo que tuviera de mi humilde cosecha y por eso hoy regreso trayendo en las manos el fruto de mi última recolección en forma de libro. Este libro, titulado –como se ha dicho– *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía*, no podía tener mejor padrino en este foro que D. Francisco Cabrera Pablos, como queda probado en sus amables y excesivas palabras, que, sin duda, denotan el afecto que me dispensa, mutuo por otra parte.

Ante todo debe decirse que este libro –cuyo contenido bien conoce desde antes de publicarse el Académico y buen amigo D. Manuel Olmedo Checa– es un riguroso libro de historia con toda la carga científica que permiten las fuentes documentales y bibliográficas disponibles, pero, siendo en este caso su protagonista –José Bonaparte– además de rey un viajero, la obra tiene también el carácter de un libro de viaje.

Este estudio trata monográficamente de la historia completa y plena de matices del viaje que el rey José realiza a Andalucía entre enero y mayo de 1810, es decir, del único viaje institucional –aunque comenzara como una expedición militar– que este monarca hace durante su azaroso reinado. Nadie hasta ahora había prestado atención a dicho viaje regio y, por tanto, nadie puede negar a este trabajo el privilegio de ser –después de doscientos años– el primer libro dedicado al periplo andaluz del rey José. Nunca antes se ha publicado una obra monográfica sobre este asunto.



José Napoleón I.

La conferencia–la breve conferencia– que he preparado para ilustrar la presentación aquí de este libro es una versión extractada de su capítulo correspondiente a la estancia de José Napoleón I en Málaga. Aunque no pretendo hacer una crónica rosa de la visita del rey José a la ciudad, sí que voy a tratar de su aspecto más amable para dar una idea de cómo el monarca y los malagueños viven aquellos días, y lo hago en la charla que he preparado con el título: “José Bonaparte en Málaga. Etapa de un viaje regio por Andalucía”.



CUANDO en la tarde de 4 de marzo de 1810 los ojos de José Napoleón I descubren la ciudad de Málaga desde la hacienda de Teatinos, el rey y su distinguido séquito y poderosa escolta llevan ya más de mes y medio de viaje por Andalucía y han visitado numerosas poblaciones, entre ellas Andújar, Córdoba, Écija, Carmona, Sevilla, Utrera, Jerez, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Arcos y Ronda.

La panorámica que José Bonaparte tiene desde Teatinos le aviva los recuerdos, porque la vista de la Málaga le evoca a Nápoles, donde felizmente reinara durante más de dos años. Ambas ciudades –Málaga y Nápoles– aparecen tendidas en los bordes de sendas bahías recortadas por un Mediterráneo común y tal similitud y paralelismo acrecientan los deseos del rey José de disfrutar aquí el mismo apoteósico recibimiento que tantas veces allí tuviera. En una palabra, José desea tener en Málaga un recibimiento a lo napolitano.

Sin embargo, el monarca sabe que los malagueños tienen sobradas razones para negarle la triunfal bienvenida que tanto desea. Sospecha que en Málaga la acogida pública puede ser muy distinta a la que se le había dispensado en Nápoles e incluso en las poblaciones andaluzas que acababa de visitar, y sospecha que puede ser así porque ningún otro pueblo de Andalucía ha tenido una experiencia tan cruenta como la que tuvo el vecindario malagueño el mes anterior.

El 5 de febrero de 1810, un poderoso contingente del IV Cuerpo Imperial con el general Sebastiani de la Porta al frente había entrado en Málaga a sangre y fuego, después de barrer del mapa a una resistencia popular –tan entusiasta como confusa– alentada por un grupo de ilusos y visionarios. Excitada por esta oposición vecinal, la soldadesca se había apoderado de la ciudad y camparía a sus anchas durante largas horas, al cabo de las cuales los saqueos y la violencia vestirán de luto a numerosas familias malagueñas. Aunque se carece de un balance exacto del número de víctimas, hay valoraciones de testigos fidedignos que cifran las pérdidas en no menos de mil paisanos muertos.

José Napoleón I no desconoce este sangriento episodio de la toma de Málaga y ahora que se dispone a entrar en la capital, le embargan las dudas y recelos. Por culpa de aquella intervención armada de funestas consecuencias, el rey teme convertirse en el blanco del odio popular y, en tal supuesto, nada puede hacer para evitarlo.



Plano del Puerto de Málaga.

Archivo Díaz de Escovar.

Nadie manda en los sentimientos del pueblo y sin poder sobre ellos, no hay blindaje posible contra los rechazos y desprecios. La caravana regia transita ya por Teatinos y José no tiene que esperar demasiado para despejar la incógnita. Pronto va a conocer en primera persona la reacción de los malagueños. ¿Sufrirá la frialdad y la indiferencia de un vecindario herido?

* * *

El tren de carruajes llega a las puertas de Málaga y en la ermita de Zamarrilla, extramuros, se topa en el camino con un grupo de personas que aguarda la llegada del rey. Esta reunión no impresiona a José Bonaparte, porque se trata de varias diputaciones locales que han salido a recibirle acaso por imposición y no por propia voluntad. El rey piensa que han sido obligadas por las autoridades napoleónicas de la capital para darle la bienvenida. Allí están significativos personajes de la sociedad malagueña en representación del ayuntamiento, clero, nobleza y comercio. A pie del coche, el corregidor y alcalde mayor Justo Martínez de Baños entrega al monarca las llaves de la ciudad y, acto seguido, el canónigo de la catedral Francisco Javier Asenjo pronuncia un breve discurso cargado de palabras encomiásticas que regalan los oídos reales.

Estos gestos de sumisión no desvanecen la incertidumbre de José Bonaparte, quien sigue albergando dudas acerca de la acogida que le tiene reservada el herido vecindario malagueño. Sólo le importa la manifestación del pueblo, porque las expresiones que acaba de recibir quizá estén dirigidas y orquestadas.

Poco trecho más adelante, José Napoleón I observa un detalle que llama tímidamente a la esperanza. Ve que en el camino, junto a la ermita de Zamarrilla, se ha erigido en su honor un magnífico arco triunfal con epigramas laudatorios. Este arco, pese a todo el derroche de gala y esplendor, tampoco entusiasma a José, porque considera que puede ser una muestra de bienvenida tan efímera como efímera es su arquitectura. No quiere engañarse, pues el lujo de aquel arco apenas puede significar la complacencia de las autoridades napoleónicas por su visita. Nada de esto le interesa. Sólo anhela conocer el recibimiento del pueblo malagueño, después de la sangre vertida el mes anterior.

A las dos y media de la tarde del domingo 4 de marzo de 1810, salvadas de artillería y repiques de campanas anuncian la entrada del convoy regio en el casco urbano de Málaga. Los estruendos que inundan el ambiente tampoco sugieren nada nuevo a José Bonaparte, porque estrépitos semejantes acompañan habitualmente su entrada en las grandes poblaciones andaluzas durante este periplo por el sur de España. El carruaje real emprende el tránsito por las calles malagueñas escoltado por trescientos jinetes del Regimiento de Caballería Ligera de la Guardia Real.

Sin embargo, José Napoleón I comienza a desengañarse cuando su coche enfila la calle Mármol. Contempla sorprendido que las ventanas y balcones de las casas están adornados con vistosas colgaduras y que un inmenso gentío se agolpa por doquier. Las aclamaciones se intensifican a cada paso que el rey se interna en la ciudad y una lluvia de flores, arrojada desde las alturas, alfombran el suelo de la Puerta Nueva y calle de la Compañía. Ni fuera ni dentro de Andalucía, José había sido agasajado con espectáculo semejante.

De ninguna manera, José Bonaparte esperaba tanto. Nunca había previsto algo parecido, porque comprendía que en apenas un mes no podían haberse olvidado los sangrientos sucesos de la toma de Málaga y por eso esperaba, con estoica resignación, un frío recibimiento. No podía pedirse otra cosa a un vecindario que aún lloraba a sus caídos bajo las armas imperiales. Todo rechazo a un rey apoyado por las fuerzas napoleónicas, causantes de sus desgracias, estaba sobradamente justificado.

José no comprende cómo se han desvanecido las penas tan pronto y a qué obedece tan inesperado cambio de actitud colectiva. Quizá no quepa más explicación que aquella dada, en clave de metáfora, por cierto escritor: "...rara inconstancia de los pueblos, que como las hojas de los árboles y las olas de los mares, siguen el empuje de los vientos".

Inmerso en este clima festivo, José Bonaparte llega a la Plaza Mayor y en las puertas del ayuntamiento, lujosamente decorado en toda su fachada, encuentra a la municipalidad para cumplimentarle con los mayores honores. Cuando el rey desciende



Paseo de la Alameda de Málaga en 1852, por F. Rojo.

del coche, la apoteósica situación alcanza la máxima intensidad con el lanzamiento, desde los balcones, de octavillas con poemas ditirámicos y flores, y con la suelta de palomas. José pasa al interior del ayuntamiento para ser oficialmente agasajado, pero las aclamaciones no cesan en el exterior y, al cabo de media hora de persistentes ovaciones, se ve obligado a salir al balcón principal para corresponder a la insistencia del público.

Concluida esta ceremonia de carácter protocolario, José es conducido hacia el inmueble donde se le ha preparado el alojamiento. La calle Nueva –céntrica vía habitada por ricos comerciantes– acoge el paso del rey con las mejores galas, pues aparece enteramente entoldada con paños de vivos colores, como es costumbre hacerlo para la procesión del Corpus Christi, y está engalanada con otro arco de triunfo junto a la Puerta del Mar.

Entre vítores, el cortejo cruza la Alameda y se detiene ante la casa dispuesta para alojar al rey, que es la vivienda particular de los Maury, una familia de adinerados comerciantes de origen francés establecida en Málaga desde mediados del siglo XVIII.

El monarca es allí recibido por José María Maury, el primogénito de la familia, quien lo conduce al interior de la casa y le da posesión como al más egregio de sus huéspedes.

José Napoleón I ya está en Málaga y ningún reparo puede ponerse al recibimiento dispuesto en su honor, porque como dice uno de sus ayudantes de campo, el general Auguste Julien Bigarré: “...la entrada del rey José en Málaga fue aún más brillante que todas las que hizo en las demás ciudades de Andalucía”.

José Bonaparte no descuida la actividad política y al poco de su llegada, concede audiencia a diversas corporaciones y personalidades locales en el salón más espacioso de la casa de Maury, donde se ha instalado un magnífico trono. Entonces comparecen ante el monarca, en formal ceremonia de besamanos, representaciones de lo más granado de la sociedad malagueña. Allí se halla una diputación de la municipalidad presidida por el anciano corregidor Justo Martínez de Baños; otra del cabildo catedralicio, con manto y bonete, encabezada por el arcediano Tomás de Pablo Palanco; y otra de la nobleza local con el marqués de Castejón y los condes de la Quintería, Guadiana y Villalcázar.

Después de varias horas de estancia en Málaga, José Bonaparte aún permanece bajo los efectos de la sorpresa y la satisfacción. Dada la sangrienta experiencia sufrida por el vecindario malagueño, el rey nunca pudo imaginar un recibimiento semejante y, pese a todo su empeño, no halla un argumento racional que explique tanto entusiasmo. José se siente altamente recompensado y disfruta gozoso la agradable realidad, porque pocas alegrías como ésta había vivido desde que se ciñe la corona de España. Por eso, André François Miot, amigo íntimo y confidente del rey, no duda en afirmar lo siguiente: “...si algún día José Napoleón pudo creerse realmente soberano de España, fue en este momento”.

* * *

Durante los días de estancia en Málaga, José Bonaparte procura ejercer de rey en el más amplio de los sentidos y así desdobra su tiempo en la atención a los negocios del Estado y en el acercamiento físico al pueblo. Concilia y alterna la actividad gubernativa con las diversiones públicas, por lo que vale decir que gabinete y calle absorben casi todo su tiempo en la capital malagueña.

Aún el día de su llegada, José se resiste a dar por concluida la jornada y, pese a tanto ajeteo, la sed de gratas emociones puede más que el cansancio. Parece que las desbordantes adulaciones públicas le han sabido a poco, y todavía desea seguir aladeando los halagos. Para ello debe hacerse visible y en tal caso, una de las opciones más oportuna es comparecer en un espectáculo público. Entonces decide asistir al teatro.



Puerto y Catedral por Gustavo Doré.

Dada la proximidad con la casa de Maury, José y su comitiva se dirigen a pie hasta el teatro. El establecimiento está situado junto al Hospital de San Juan de Dios –cerca de la Catedral– y se trata de un edificio de reducidas dimensiones, que había sido construido en 1788 por el arquitecto Vicente Mazoneschi. Ochocientas personas –aforo máximo del local– reciben al rey con vivos aplausos y asisten entusiasmadas a la función dispuesta en su honor.

Siguiendo las pautas de una política de atracción previamente establecida, el servicio de protocolo josefino abunda en la conveniencia de nuevas apariciones públicas del rey y, conforme a esta estrategia, se dispone que en la mañana del 5 de marzo de 1810 José Bonaparte y su selecta comitiva visiten la Iglesia Catedral, donde todo está preparado para recibirle con las solemnidades prescritas en las ordenanzas canónicas. A primera hora de aquella mañana, van concurriendo ante la casa de Maury los personajes civiles y militares del acompañamiento y cuando el monarca aparece, todos en formación y bajo escolta de la Guardia Real se dirigen a pie hacia la Catedral, pese a que llueve sobre Málaga.

El tiempo desapacible no resta brillantez al acto, porque en la escalinata del pórtico catedralicio el cabildo eclesiástico con capas pluviales recibe a José Napoleón I, quien

—según las fórmulas del ritual romano— es introducido en el templo bajo palio portado por canónigos y tras la cruz procesional. Suena el órgano mientras el rey avanza por la nave central hasta el presbiterio, donde ocupa un sitio entarimado y cubierto con un rico dosel de terciopelo carmesí. En los asientos aledaños se ubica el séquito regio, compuesto por el mariscal Soult; el general Sebastiani de la Porta; los ministros Urquijo, Azanza, O’farrill y Almenara; los consejeros de Estado; y las altas dignidades de la Casa Real.

La **función religiosa** que entonces se celebra es oficiada por el canónigo Francisco Javier Asenjo, presidente de la junta de gobierno del obispado, *sede episcopali vacante* desde marzo de 1809 por fallecimiento del obispo José Vicente Lamadrid. El altar mayor aparece esplendorosamente iluminado y con toda magnificencia se canta una misa y tedéum, entonado por las voces y acordes de la capilla de música. Concluida la ceremonia, el rey es despedido por el cabildo eclesiástico en el mismo sitio y con el mismo aparato desplegado a su llegada.

* * *

La **estancia de José Napoleón I en Málaga** no sólo está definida por recepciones oficiales y actos festivos, pues durante su permanencia en la ciudad desarrolla una apretada e intensa actividad gubernamental. Regularmente despacha con ministros y consejeros de Estado en el gabinete de la casa de Maury y, al caso, no es poco el tiempo que consagra a las tareas legislativas, como lo prueba la amplia colección de preceptos y órdenes promulgados en Málaga.

Dicha **colección incluye** disposiciones de diverso contenido y entre ellas destaca una serie de decretos que atiende a cuestiones militares y de seguridad pública, fruto de las prolongadas sesiones de trabajo del rey con el ministro de la Guerra, el teniente general Gonzalo O’farrill, y los consejeros del ramo.

Uno de los **preceptos de alcance militar** más interesante de cuantos aquí se promulgan es el Real Decreto, fechado el 6 de marzo de 1810, que dispone la creación de un cuerpo de tropa regular titulado Regimiento de infantería Fijo de Málaga N.º 6. Por prescripción regia, a este cuerpo —nacido para potenciar al débil ejército josefino— se le adjudican mil doscientas plazas, pero, en realidad, se trata de una previsión de fuerzas meramente teórica, porque el regimiento nunca llegará a alcanzar los trescientos hombres siquiera. Asimismo, este decreto incluye el nombramiento del comandante de la unidad, que recae en Joaquín Tentor, regidor del concejo malagueño y teniente coronel retirado.

En **materia de seguridad pública**, el precepto más significativo de cuantos José Napoleón I rubrica en Málaga es el Real Decreto —dado el 7 de marzo de 1810—



Catedral y Puerta de las Cadenas. Málaga, *El Gualborce*.

relativo a la formación de un Regimiento de Milicia Cívica en la capital malagueña, compuesto por dos batallones de seis compañías cada uno. La fuerza prevista de este cuerpo paramilitar también debe ascender a mil doscientas plazas y, conforme a reglas establecidas, han de vestir el uniforme de casaca azul, cuello y vuelta encarnada. En este mismo decreto se consignan los nombramientos de los jefes y oficiales, que recaen –a semejanza de la Milicia de Sevilla– en miembros de la nobleza y de la burguesía local. José María Maury recibe el mando con el rango de coronel, designación nada sorprendente porque, tratándose del anfitrión real, su ascenso debe considerarse como una respuesta agradecida del propio monarca.

Otro precepto de especial significado entre los que componen la colección legislativa expedida por José Bonaparte en Málaga es el Real Decreto de 9 de marzo de 1810, porque en su virtud se dispone la creación de una unidad de caballería –también de naturaleza paramilitar como la Milicia Cívica– con el título de Guardia de Honor de Málaga. A instancia del ministro de la Guerra, José autoriza la formación de esta unidad bajo el mismo pie de fuerza y uniforme de otra desaparecida a la entrada de los franceses, que había existido con el nombre de “Escuadrón ligero de voluntarios nacionales de Málaga”. Por semejanza, la Guardia de Honor debe constar de tres compañías con un total de ciento cincuenta jinetes, que han de vestir el mismo

uniforme distintivo que usara la unidad precedente. Atendiendo al color rojo de la casaca, los malagueños denominarán a los efectivos de la Guardia de Honor con el gráfico apelativo de “los colorados”.

Sin embargo, ningún precepto –fruto de la actividad legislativa de José Bonaparte en Málaga– resulta más interesante que el promulgado el 9 de marzo de 1810, porque previene la realización de ciertas obras públicas en la capital y más concretamente en el área de su puerto. En realidad, no es más que la rehabilitación de un antiguo proyecto, ahora apropiado por el gobierno bonapartista, que consiste en el alargamiento del espigón de poniente para evitar los perjuicios ocasionados por los sedimentos procedentes del río Guadalmedina.

Atendiendo a la importancia del puerto malagueño, las autoridades josefinas reparan también en la necesidad –secularmente planteada– de construir un faro o linterna que facilite el tráfico marítimo por su bocana. Por eso, en este mismo Real Decreto se dispone el trazado del plano correspondiente y el cálculo del coste que importa su construcción.

Dada la temprana fecha de la firma de este decreto, es de suponer que las obras se emprendan en los meses siguientes bajo la dirección de Joaquín María Pery, un ingeniero de la Armada y capitán de navío que lleva un decenio dirigiendo obras hidráulicas en torno a los cauces de los ríos Guadalmedina y Guadalhorce y acueducto de San Telmo, y cuya interesante biografía está escribiendo el secretario de esta Real Academia, D. Francisco Cabrera Pablos. No obstante, puede asegurarse que al final de la ocupación napoleónica las obras aún están inconclusas y que el faro ni siquiera había comenzado a construirse, pues su primera piedra se pone en 1814, es decir, dos años después de la retirada de los franceses de Málaga.

* * *

La presencia de José Bonaparte en Málaga es celebrada con actos festivos que importan regocijos públicos y para ellos las autoridades locales no escatiman gastos ni esfuerzos. Entre las diversiones dispuestas en honor del rey no faltan las fiestas de gala y los bailes suntuosos, como, por ejemplo, el que organiza la municipalidad malagueña la noche del 6 de marzo de 1810. El ayuntamiento no había encontrado un local más idóneo para esta fiesta que el teatro y sin reparar en gastos, adorna el recinto con el mayor esplendor. Ricas alfombras cubren el suelo, y colgaduras y guirnaldas de colores penden de los palcos y paredes.

A la lujosa velada había sido invitado lo más selecto de la sociedad malagueña, de modo que aquella noche concurren allí las damas y los caballeros de mayor empaque y distinción con sus mejores galas. La *crème* del vecindario de Málaga responde a la invitación y colma de elegancia las salas del teatro.



Casas Consistoriales de Málaga. *El Gualdalhorce*. Grabado de M. de Mesa y F. Pérez.

El monarca no establece ningún tipo de distancias durante aquella fiesta, sino que se mezcla con los invitados como uno más. Bonaparte procura mostrarse siempre como un rey próximo y abierto al pueblo, y ahora no desaprovecha la ocasión para practicar su política de acercamiento. Conversa y saluda a los presentes con la más llana naturalidad, gestos que sorprenden y admiran a todos. Cuando José se retira y abandona la fiesta, ningún invitado le niega su aplauso.

Sin embargo, ningún festejo despierta mayor atención y entusiasmo popular que las corridas de toros, máxime después de años de prohibición, y la apetencia de los vecindarios por ellas supone una coyuntura propicia para la política de atracción activada por el gobierno josefino. Con la complacencia de la superioridad bonapartista, el ayuntamiento de Málaga organiza en obsequio real una corrida de toros y el escenario previsto para su celebración es la Plaza Mayor.

Cuando a media tarde del domingo 11 de marzo de 1810 José Bonaparte aparece en el balcón principal del ayuntamiento para presenciar el festejo taurino, la Plaza Mayor está adornada con el mayor boato y se halla repleta de un gentío festivo. Según

testigos de crédito, más de diez mil personas ocupan la plaza y como anécdota cabe referir que durante la corrida uno de los graderíos de madera, vencido por el excesivo peso, cede y se viene abajo. No hay víctimas mortales, pero sí heridos de distinta consideración. Este es el segundo festejo taurino que el rey presencia en Andalucía, después de aquel otro que se le organizara en El Puerto de Santa María tres semanas antes.

* * *

José Napoleón I se siente tan cómodo y seguro en Málaga que no renuncia, impulsado por la curiosidad, a conocer algunos lugares notables de las inmediaciones. Durante este periplo andaluz, son frecuentes sus excursiones –a modo de paseos turísticos– a sitios emblemáticos por su significación histórica, artística o arqueológica, y generalmente las hace de manera privada y casi sin escolta. Apenas se deja acompañar por unas cuantas personas y entre ellas nunca falta su amigo y confidente André François Miot, conde de Melito.

El rey José aprovecha la proximidad geográfica para acercarse a la costa oriental malagueña donde el clima permite cultivos tropicales, únicos en la península ibérica y aun en el continente europeo. Por eso, la tarde del 9 de marzo de 1810 emprende un esporádico viaje a Vélez-Málaga en compañía de un reducido séquito y una pequeña escolta de la Guardia Real. A la mañana siguiente, después de pernoctar en el pueblo, José recorre una finca del término donde se cría la caña de azúcar y luego visita un ingenio guiado por Domingo Cabarrús, yerno del rico hacendado de origen irlandés Tomás Quilty, propietario de la plantación azucarera más importante de toda la zona. La curiosidad por conocer los lugares más destacados de los alrededores de Málaga justifica la excursión que el 12 de marzo de 1810 José Bonaparte realiza al Puente del Rey, sobre el cauce del Guadalhorce, y a la célebre finca rústica titulada El Retiro, cerca de Churriana y propia del conde de Villarcázar, que por sus bellos jardines y glorietas con escultóricas fuentes parece un pequeño Versailles.

* * *

En resumidas cuentas, la estancia de José Napoleón I en Málaga se prolonga durante nueve intensos días y, durante ese tiempo, vive tan gratas experiencias que le retrotraen a su feliz pasado napolitano. Sin esperarlo, José había descubierto en el sur de Andalucía su paraíso soñado, es decir, el Nápoles español. Cuando la mañana del martes 13 de marzo de 1810 la caravana regia encara el camino de Antequera, José Napoleón I parte de Málaga con la esperanza, la anhelada esperanza, de volver. Cree en un futuro retorno. Todo depende del destino.



Puerto y Catedral en 1838 por L. Haghe.